



Seix Barral

Melba Escobar

Las huérfanas





Seix Barral Biblioteca Breve

Melba Escobar

Las huérfanas

1.

Mamá se arrojó por la ventana de un cuarto piso once años antes de tenerme. Papá solía estar más fuera que dentro, como un perro callejero, pero esa vez fue el principal testigo de lo que pasó. Ayer, sesenta años después, hablamos por primera vez del tema con mi hermana Laura. Ella dice recordar el sonido del cuerpo al caer. Me lo dice por teléfono desde Bogotá, donde ocurrió el accidente y donde vive. Se lanzó de un cuarto piso, repite.

Mamá se salvó. Por eso pudo nacer mi hermana Constanza, cuatro años después. Cuatro mujeres: Laura, Ximena, Constanza y luego yo.

Muchas veces me he preguntado si tuvo algún desdoblamiento tras la caída. Me cuesta creer que uno siga siendo la misma persona después de haber acariciado la muerte. Me pregunto si la gente que se mata de maneras intempestivas llevaba mucho tiempo pensando su propia muerte, o si, por el contrario, puede el suicidio ser un arrebato sin más. Llamé a mi hermana Laura porque en la primera persona en quien

pensé cuando supe de la muerte de mi prima Myriam fue en la otra Myriam de Nogales, mamá. Solo mi hermana sabría responder a mis preguntas.

Laura dice recordar que papá y mamá discutían en una habitación a puerta cerrada.

—¡Myriam, no! ¡No lo hagas! —teatraliza. Y luego ese sonido.

Nos quedamos calladas un momento. Ella lo repite dos o tres veces. Yo no le hago notar que se repite, acaso porque también necesito volver a escucharlo. Papá bajó corriendo las escaleras del edificio. Cuando salió, según mi hermana, mamá estaba tendida sobre el techo de un carro con los brazos, las piernas y varias vertebrae fracturadas. Recuerda que quería ir a mirar. Tía Melba la retuvo. Mamá estuvo interna en una clínica psiquiátrica cerca de un año. De eso, como de tantas cosas, nunca hablamos. Mamá sufría ese tipo de enfermedad mental que es la negación permanente de la enfermedad mental. Tenía en ese momento dos hijas, veintiocho años y llevaba menos de uno viviendo en Colombia.

Si bien se salvó, su columna no quedó igual. Muchos de sus problemas de huesos venían de ahí, dice mi hermana Laura, Lala, la médica psiquiatra, como lo fue también mi abuelo materno y como mi tío Álvaro, hermano de mamá. Me sorprende que hable sin vacilar de un hecho que ocurrió cuando ella tenía dos años. A veces pienso que en la carrera de Medicina les enseñan también a hablar así, como si tuvieran todas las respuestas. Abro los ojos. Vengo de

una familia de psiquiatras y psiquiátricos, que no es lo mismo, pero es igual. Tomo una larga bocanada de aire antes de dejarme caer sobre la silla. La vida es una serie de eventos afortunados y desafortunados que se aparecen a cada instante: “Quiso morir, pero sobrevivió”; todo eso en tres segundos que durarían para siempre.

2.

El día en que mi prima Myriam murió pensé en mi mamá. Las dos fueron Myriam de Nogales. Las dos intentaron quitarse la vida. Pero mamá murió vieja y rodeada de sus seres queridos, no así mi prima. Las dos Myriam, además del nombre, compartieron el garbo, los ojos saltones, los rizos rojizos.

Mi esposo y yo llegamos a Barcelona hace tres años con nuestros dos pequeños. A Myriam la veía poco; se había conseguido un novio bruto que la llamaba “Cari” y le daba nalgadas. Al tipejo le faltaba un diente, tenía aliento a ajo y butifarra y escupía al hablar. Mi prima, como su hermana Verónica, era artista. En el pasado, cuando vino un par de años a vivir a Colombia en busca de los pasos de su padre, muerto en un accidente en un pueblecito entre montañas siendo ella era apenas una niña, nos habíamos convertido en compañeras de apartamento. Vivimos juntas en Bogotá a finales de los años noventa. En el apartamento de la calle de El Despeño, en pleno centro, entre palomas y pandillas, acomodamos un colchón pulgoso en el salón.

Cada una tenía una habitación propia. Cuatro paredes para desparramar su soledad, su confusión.

Teníamos también un gato, Aquiles. Un gato malo y obsesivo que me perseguía y me arañaba cuando buscaba estar sola. Antes de Aquiles hubo también una gata, Renata. Pero Renata murió. Ahora que lo pienso mi historia ha estado marcada por las muertes a mi alrededor. Bueno, la de todos, claro. Pero yo he venido a hablar de los míos, que son los que conozco. Con la decisión de mi prima volvieron a bombear en mis arterias los muertos que corrían por mi sangre. La noche que recibí la noticia vomité hasta la bilis. A la mañana siguiente fue cuando pensé en llamar a mi hermana para preguntarle si sería algo grave. Una vez la tuve en la línea solo quise saber cómo había sido el intento de suicidio de mamá. La otra Myriam. La que sobrevivió a la caída.

3.

Madre venía de España, país al que siempre se refirió como *mi tierra*. Hizo el viaje en 1964, casi quinientos años después del descubrimiento de América. Había sido conquistada en el Viejo Mundo por un mulato venido de tierras tropicales. Un hombre que le dio a probar sopa de flores en las frías noches parisinas, la calentó con su piel oscura y le enseñó sus plumas con olor a jaguar. Madre cayó, enamorada y vencida. Por amor dejó el mundo que le era familiar hasta entonces. Por amor cruzó el mar, con Laura en los brazos y Ximena en el vientre. Meses más tarde, daría a luz a Ximena en Bogotá, también un 22 de julio. Por la coincidencia de haber nacido las dos mayores en la misma fecha las llamamos mellizas.

Mamá me contó de su intento de suicidio en un acto solemne. Pocos días antes me había llegado la menstruación, esa sentencia involuntaria de continuidad. Ya puedes prolongarte, dice un hilo de sangre que nos corre entre las piernas. Una interrupción abrupta de la infancia. Un resbalón al futuro, como el de quien

cae a un abismo ineludible. Tenía doce años recién cumplidos; era baja y menuda. Aún jugaba con muñecas. Ese día saltaba el lazo en la hora del recreo cuando un arroyo tibio vino a mancharme las piernas. Recuerdo la taquicardia mientras corría al baño de niñas. Jadeaba cuando cerré la puerta. Había sangre por todas partes, o eso me pareció entonces. Sangre en los calzones, en la falda, sobre los baldosines azul cielo. Mi primer ciclo menstrual, la regla, el periodo. Tantas palabras feas para referirse a lo mismo. En la enfermería me dieron una compresa, me preguntaron si sentía cólicos; la verdad, solo sentía que había muerto.

Las demás me miraban con una mezcla de admiración e incredulidad. Me felicitaron como si acabara de hacer un salto mortal. Quizá ellas estaban mejor preparadas para esa irrupción biológica entre sus piernas. Algunas habrían dicho que esperaban ese momento con ilusión. Yo, en cambio, me sentí traicionada. Pensé que mi cuerpo no me entendía. Tal vez no sabía nada de mí. No le importaba que fuera una niña y quisiera seguir siéndolo. Me escupía su viscoso decreto biológico sin aviso y con violencia. Todo ese rojo sangre era un llamado de la muerte, quiero decir, de la vida. Como la abeja reina, fui la primera en llegar. Sin embargo, siempre he sido lenta. Los procesos me toman mucho tiempo. Me tomó tiempo aprender a leer, a escribir, a restar, a sumar. Casi no pierdo los dientes de leche, casi no crezco, fui la última en aprender a atarme los cordones, a montar en bicicleta. También fui, de las cuatro, la última en nacer.

Y de las cuatro soy la más baja, a la que llaman “Nena”, tal como mis tíos llamaban a mamá.

Me preguntó si quería un té, un café o una infusión de hierbas. No dijo leche achocolatada o jugo de manzana. Ella misma me trataba distinto ahora que yo podía repetirme. Estábamos sentadas una frente a la otra. Mamá, como siempre, fumaba. Yo iba en uniforme. Le había contado hacía un par de días sobre la llegada de mi periodo.

—Enhorabuena —dijo—; ya eres una mujer.

Una vez más me sentí traicionada, no sé si por la biología, por la vida o por ella, que no era el tipo de persona que repetía clichés ajenos o se dejaba llevar por la manada.

Recuerdo que comenzó diciendo que ella nunca había sufrido una depresión. Ni siquiera después del parto. *Cordura siempre, ante todo, a toda hora y en todo lugar.* Dijo que había sufrido *un desbalance químico* que la había impulsado a arrojarse por la ventana. Yo no entendía lo que decía. Como tantas veces, la miraba perpleja. La miraba como a la extranjera que era y que siempre fue en esta tierra y en cualquier otra. No pregunté por qué lo había hecho. Tampoco pregunté si a lo largo de su vida había imaginado que se cortaba las venas, que se lanzaba al mar, se tomaba una pastilla de cianuro o daba otro salto al vacío. Con mamá me asustaba preguntar. Mis preguntas lo mismo podían hacerle gracia o enfurecerla, así que preferí callar. También me asustaba responder y que su ira recayera sobre mí. Quizá por eso era una niña callada.

Han tenido que pasar más de treinta años desde aquella extraña escena para que se revele ante mí un enigma: mamá recibió la noticia de mi pubertad como la señal inequívoca de que había llegado la hora de hablarme de su intento de suicidio. Su mente lúcida y desequilibrada tejió una escalera torcida entre la maternidad y la muerte.

Mamá estaba obsesionada con la idea de la locura. Hija de un hombre pequeño que nos hacía llamarlo “Abuelote”; no puedo imaginar los miedos que debió infundir en ella el psiquiatra trastornado que fue mi abuelo. Christian María de la Peña de Francia de Nogales Quevedo. El monstruo itinerante. Podía ser encantador, a veces.

La imagino sola en una calle sucia del centro de Bogotá con una niña en el pecho y la otra en el regazo. Papá se ha ido desde temprano. No queda nada de comer en la cocina y ella no se atreve a pedirle a tía Melba, esa mujer de su misma edad que parece una niña, que salga a buscar algo. Se siente atrapada. No para de tronar afuera. Por un segundo se pregunta cuánto durará el otoño y enseguida recuerda que en Colombia no hay estaciones y que están en septiembre. Siente miedo. Ese miedo fantasmal a perder la razón. Por un momento ya no sabe cuándo comió por última vez, desde hace cuánto no duerme una noche entera.

Madre recuerda que, en el barco, donde se mezclaban las náuseas de la gravidez con las de alta mar, cerraba los ojos intentando imaginar esa tierra del sol, esa vegetación tropical, ese valle sembrado con caña

de azúcar donde las mariposas adornarían el aire como flores voladoras. Pero se habían instalado en Bogotá, la ciudad alta, recia y montañosa, donde no tenía con quién hablar. En nada se parecía al trópico del que le había hablado Rodrigo.

A este Nuevo Mundo había llegado cinco meses atrás. ¿Se preguntaría si así habría de ser el resto de su vida? Una hija, luego otra, seguida de una más, mientras su cuñada canturreaba y repetía oraciones en latín. Tía Melba no sabía ni freír un huevo, ni hacer un café, por Dios. Mamá estaba asustada: un miedo la bloqueaba, además de arrancarles el sabor a las cosas. Pero no era depresión, qué va, era ese pan blanco, dulzón y amarillento, que le dejaba esa melancolía en el paladar. Laura hacía un berrinche tras otro, mientras Ximena se negaba a comer. Se veía pálida y delgada. Y como Bogotá parecía una eterna noche, bien podría darle ictericia por falta de sol. Su cuñada merodeaba por el apartamento minúsculo y casi sin muebles como un canario en una jaula. Tía Melba nunca abandonaba Cali. Es más, nunca salía de su casa. Esta visita era una excepción en su vida. Lo hacía, como casi todo, porque no había tenido opción. A mamá le daba vueltas la cabeza. Las pisadas de mi tía se confundían con los berridos de Ximena, de un par de meses de nacida, y las rabietas de Laura, de dos años y dos meses.

—¿Y Rodrigo? —le preguntaba a su cuñada—. ¿Cuándo vendrá?

—Quién sabe —decía tía Melba sin dejar de tejer.

Rodrigo Escobar Navia, papá, la había enamorado, la había dejado preñada en el París en donde ambos eran estudiantes en los años sesenta, para un año después de haber nacido la primogénita volver a dejarla embarazada, en vísperas de emprender el viaje al Nuevo Mundo donde naceríamos las demás. Aunque cualquiera que haya conocido a mi mamá sabe que nunca fue el tipo de mujer que “se dejaba hacer”, mucho menos “se dejaba embarazar”. Si bien tuvo bastante de princesa, su aspecto se acercaba más al de la madrastra de Blancanieves, a Maléfica, a Cruella de Vil que al de una princesa sumisa salida de un cuento de hadas. Tanto carácter en una mujer que parecía una saeta de puntillosa precisión, confundían al verla sumida como una presa a los pies de papá.

El 22 de julio de 1963, nació Raquel Rebeca Laura, Lala. La negrita, o Rodriguita, apodos que ha llevado por su parecido a papá, llegó a sellar una relación apasionada y turbulenta que duraría una eternidad. Después de viajar en barco más de un mes, con Laura de un año y Ximena en el vientre, mamá desembarcó en el puerto de Buenaventura, encallado en el violento territorio del Pacífico colombiano. Tendría que vivir en el pueblo de La Cumbre a menos de dos horas de Cali, con mis abuelos y mi tía Melba, a quienes no había visto en su vida. Papá se había quedado en París resolviendo asuntos pendientes. Tan pronto él llegara a Colombia, se instalarían en Bogotá, donde buscaría trabajo y pretendían asentarse.

Lo cierto es que entonces como ahora costaba menos estudiar en París que en Bogotá. La ciudad luz era un hervidero de estudiantes procedentes de los cuatro puntos cardinales con hambre de vida y conocimiento. Entre tantos famélicos, papá no era el único que quería comerse el mundo. Tampoco era el único joven con delirios renacentistas queriendo saberlo todo. Ser un estudiante en el París de los años sesenta fue para papá un sueño cumplido. Y, como suele pasar, lo más duro de cumplir un sueño es despertar.

A mamá la extrañaba que papá nunca hubiera alzado a Laura, a Ximena menos. Ni hablar de cambiar un pañal, de ser la mano que mecía la cuna o de preparar un tetero. Pero ¿cómo no había visto que nada de eso iba a suceder? ¿Cómo se había imaginado que él haría algo distinto a pasar el mayor tiempo posible lejos del corral? Así que ese era el sueño de tener una familia... Esa parte que no salía en los cuentos de hadas, esa en la que el sueño se hacía realidad. Siendo yo preadolescente, mamá tuvo alguno de sus ataques de ira y me lanzó una descarga bestial:

—Lo peor que he hecho en mi vida ha sido tenerte.

Yo debía tener unos diez u once años. En lugar de ponerme triste y alejarme como perro apaleado, como solía hacer, sentí una ráfaga de fuego entre pecho y espalda:

—¡Loca! —grité.

Hasta ese momento no sabía que había elegido la peor de las palabras. Mamá se me vino encima como una tempestad de piedras. Le había metido el dedo en

la herida. Desde ese día nunca más volví a llamarla loca, aunque fue justo entonces cuando comencé a temer que pudiera estarlo.

El día que me invitó a merendar para “celebrar” que ya era una mujer, la escuché negar que hubiera tenido una depresión, pues “ella jamás estaría depri-mida”. Luego pidió la cuenta, me preguntó si quería algún libro y me llevó a la librería que había al fondo del café Oma de la calle 85. Volvimos a casa en silen-cio. Yo con *El diario de Ana Frank* en el regazo y la cabeza hecha una bandada de pájaros sin nido. Mamá fumaba un cigarrillo detrás de otro. Fue por entonces cuando la empecé a mirar fijamente. Me había tenido a los cuarenta años. Yo tenía doce. Es decir, ella tenía cincuenta y dos. Aun así, era más atractiva que la mayoría de las mujeres de su edad, o de cualquier edad. Fue una mujer bella. Ya en esa época yo sabía que era la hija de una diva: primogénita de un barón, campeona de clavado y motocross, la exaltada, desmedida en virtudes y elegancia, la que hablaba francés con flui-dez, sabía griego y latín y tocaba instrumentos clásicos como Juana la Loca. Y, como Juana la Loca, sufría de celos delirantes, padeció la enfermedad del amor: fue mártir y fue actriz solitaria de un profuso auditorio del que era única miembro.

¿Tenía mamá una idea coherente de sí misma? ¿Cómo tenerla cuando ella sola era una multitud? Preparaba una paella, hacía la compra, iba al banco, pasaba la aspiradora, ordenaba los armarios, sacaba el polvo, cambiaba las sábanas y luego un día no se

podía levantar. Tenía jaquecas, mareos, inflamación de las articulaciones, dolor en los huesos, náuseas, estreñimiento, calores, llanto súbito. Pero ella estaba bien. Divinamente. Era la hija de un destacado psiquiatra. Ella misma había sido estudiante de Psicología en la Sorbona de París. Los enfermos siempre fuimos los demás.